

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXVII  
Enero-Junio 2021  
Número 71

## SUMARIO

<b>Presentación</b> <i>Bernardo Pérez Andreo (Dir.)</i> .....	
<b>ARTÍCULOS</b>	
<b>Isidoro Guzmán Manzano</b> <i>El Primado Absoluto de Cristo, piedra angular de la cristología de Escoto II</i> .....	1-28
<b>Hernán Guerrero Troncoso</b> <i>El carácter intrínseco del infinito en Duns Escoto como condición de una comprensión trascendental del ser</i> .....	29-48
<b>José Pedro Angélico</b> <i>Ensayo de teología sobre política y la autocomprensión Cristiana</i> .....	49-67
<b>Desiderio Parrilla Martínez</b> <i>La teología política de Leo Strauss y Eric Voegelin en el contexto neoconservador norteamericano</i> .....	69-95
<b>Javier Martínez Baigorri</b> <i>De la ausencia a la kénosis. La ausencia como elemento clave para explicar la acción creadora de Dios</i> .....	97-120
<b>Mike van Treek Nilsson</b> <i>El futuro de la teología: una perspectiva bíblica</i> .....	121-146
<b>Martín Carbajo Núñez</b> <i>Revitalizing religious life today: Ethical challenges and leadership</i> .....	147-165
<b>Wiesław Łużyński</b> <i>Education in the Context of Christian Humanism. Reflections Based on the Teaching of Benedict XVI</i> .....	167-180
<b>Luis Adriano Carlos</b> <i>A beleza retocada ou a erosão da forma</i> .....	181-203
<b>José Ángel Castillo Lozano</b> <i>El papel de la Providencia: el juicio de Dios como categoría histórica en la historiografía</i> .....	205-224
<b>Ignacio José García Zapata</b> <i>La imagen de una diócesis. Los cuatro santos de Cartagena y su presencia en el arte</i> . . . .	225-248
<b>NOTAS Y COMENTARIOS</b>	
<b>Francisco Henares Díaz</b> <i>Ernesto Cardenal: "Memorias. Vida perdida"</i> .....	249-260
<b>Francisco Martínez Fresneda</b> <i>Jesús: la enciclopedia, historia e interpretación</i> .....	261-270
<b>Francisco Javier Gómez Ortín</b> <i>Bibliografía del Beato P. Gabriel Olivares, de la Provincia Franciscana de Cartagena</i> . . .	271-276
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	277-313
<b>LIBROS RECIBIDOS</b> .....	321

**Daley, Brian E.**, *Cristo, el Dios visible. Retorno de la Cristología de la Edad Patrística*. Eds. Sígueme, 381 pp., 15 x 23 cm.

El texto parte del convencimiento de que el Concilio de Calcedonia, como han dicho la mayoría de los historiadores de los dogmas, no es el punto final de la cristología desarrollada a lo largo de cuatro siglos. Porque después del concilio siguieron con fuerza los debates teológicos, la división interna del Imperio y los fracasos que tuvo la Iglesia en los sucesivos intentos de conciliación entre las explicaciones teológicas de las dos naturalezas y una persona divina en Jesucristo. Es cierto que Calcedonia supo extirpar algunas barbaridades cristológicas que se defendían: las doctrinas de los dos hijos; la divinidad sufriente; la mezcla de las naturalezas; la forma humana de Jesús procede del cielo o que las dos naturalezas son una misma realidad ontológica. Calcedonia no pretende una teoría teológica sobre el misterio de la persona del Hijo de Dios, sino diseñar los parámetros por donde discurre la ortodoxia de la fe cristiana, fundados a la vez en Nicea y Constantinopla. Y se debe tener en cuenta que los concilios II Y III de Constantinopla y Niceno II son los verdaderos intérpretes de Calcedonia. Por eso el concilio calcedonense ni es el principio ni el final de la fórmula cristológica que elabora, sino que establece el camino por donde debe discurrir la reflexión teológica sobre Jesucristo. Sin embargo, la metafísica paradójica de lo finito e infinito, del Creador y la criatura, de lo Absoluto y de lo contingente no representa la totalidad del misterio de Cristo. Pensando en la fe de las comunidades cristianas en el Hijo de Dios, que lo entiende como Señor y Salvador situado en la historia humana, su identidad es mucho más rica, porque media entre Dios y la Creación, entre el tiempo y la eternidad, y de pensar y vivir a Dios como Trinidad y Unidad. Es necesario, pues, estudiar, desarrollar y exponer la «teología clásica *más allá* de las lentes que emplea la definición de Calcedonia y, al mismo tiempo, *a través* de ellas» (48-49). De aquí que Daley sintetice las cristologías de los Padres hasta la controversia iconoclasta, ofreciendo un panorama mucho más enriquecedor que la fórmula conciliar.

En el siglo II tenemos las Odas de Salomón, Ignacio de Antioquía, Ascensión de Isaías, Melitón de Sardes y Justino. Aunque los autores son muy diferentes, se caracterizan por describir la vida de Jesús que aparece en los Evangelios, desde la Anunciación a la Resurrección. Y acentúan que Jesús es el Hijo y la Palabra de Dios en la historia; cumple las profecías escritas en el AT y responde a las aspiraciones humanas de la cultura grecorromana. Se hace hincapié en la potencia salvadora de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, con las que se identifica y transforma al creyente. —Ireneo y Orígenes (siglos II-III) subrayan la automanifestación salvadora de la Palabra de Dios. No tratan la persona de Jesús por su dimensión ontológica, defienden, más bien, su función en la Historia de la Salvación: creación, caída, redención. Tanto el AT como el NT se pueden centrar en la Buena Noticia de Jesús. Él introduce en la vida humana la realidad de la presencia salvadora de Dios. Se da una experiencia íntima del Señor gracias a la Palabra encarnada, donde posibilita el inicio de la comunión con Dios en nuestra historia, siguiendo el Evangelio de Juan. Hay que vivir a Dios en la historia, porque ha venido en su Hijo a ella. Darse cuenta de ello origina la verdadera gnosis.

En el capítulo dedicado a la controversia arriana (s.IV), arranca con la doctrina de Arrio: piensa que Cristo pertenece al mundo creado y necesitado de salvación; es mutable si está destinado a salvar la historia, una historia que se entiende como perteneciente a la «nueva creación». Marcelo de Ancira, por el contrario, identifica a Cristo bajo el paraguas de Nicea, porque Dios es el único que puede salvar al mundo. Cristo pertenece a la sustancia divina, aunque se distingue de su Padre y Señor. Otra posición toma Eusebio de Cesarea; escribe que Cristo es el mediador entre Dios y el mundo; es creado por Dios y destinado al mundo para salvarlo. Sigue la línea del platonismo medio en las relaciones de la creación con su origen divino. Atanasio de Alejandría defiende que es el Logos divino quien mantiene el orden de la

creación y no puede aislarse de la promesa de Dios de salvar al mundo. Es su misión y destino. Apolinar de Laodicea aprueba que Jesús es nuestro Salvador que vive desde Dios, de ahí que domine perfectamente su cuerpo y tendencias, porque no se dirige por la mente humana débil, sino por el Logos divino, y la domina de tal forma que algunas veces da la impresión de que era «divina». Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa no se introducen en el tema ontológico de la «misma sustancia del Padre» aplicada a Jesucristo. Ellos son más predicadores y tratan de la conversión de las costumbres y del corazón cristiano. No es introducirse en la mente divina para saber más de Dios, sino ver sus huellas en la obra de la creación. La humanidad de Cristo nos protege del Dios deslumbrante y absoluto y nos capacita para hallar su vida en la persona de Cristo.

Agustín no se distingue en la profundización del misterio de Cristo, como ocurre con el pecado y la gracia, la Trinidad, la experiencia interior de la fe, etc. En este sentido, no entra en los debates de la unidad de la persona de Cristo. Piensa más bien en la relación del creyente con Jesucristo: que se vacía de su gloria divina para hacerse uno como nosotros y conducirse en la vida con la máxima humildad posible (cf Flp 2,7). Otra cosa son las importantes controversias de las Escuelas Alejandrina y Antioquena con sus protagonistas Diodoro de Tarso, Teodoro de Mopsuestia, Nestorio de Constantinopla, Teodoreto de Ciro y Cirilo de Alejandría. Estos autores discuten sobre la dimensión trascendente de Dios y por las relaciones que ha mantenido con la humanidad en Cristo, que ha sufrido en su carne la pasión y la cruz por nuestra salvación. La Escritura sigue siendo la fuente de la fe y el sentido de la vida cristiana. Dios es esencialmente el Otro, pero también está presente en la creación, la sostiene y alimenta. Aunque una y otra teología corre los riesgos de alejar a Dios de la historia humana (Antioquía) o marginar la libertad humana: «la realidad divina pudiese eclipsar aquella otra mundana y creada —tanto en Jesús como en la vida cotidiana creyente— y, en consecuencia, el Evangelio pudiese perder su credibilidad, reduciendo nuestra experiencia de salvación a mito gnóstico» (264).

Después de exponer una síntesis del Concilio de Calcedonia en sus textos, contextos y consecuencias (265-268), se pasa a los padres Leoncio de Bizancio, Máximo el Confesor y Juan Damasceno, que concentran las dimensiones de Jesucristo como Logos, como hombre con alma y cuerpo y todo el contenido de la fe cristiana referente a Dios, al mundo y a la salvación de todo lo creado. Es Dios y el hombre completo quienes se unen en la Persona divina del Logos. Pero éste ni anula y ni absorbe la humanidad que hace suya en la Encarnación, aunque le comunica ciertas características que serán peculiares en Jesús: la santidad, las virtudes, la potencia humana que transformada por la relación de amor, es fuente de salvación. Y termina el texto con las exposiciones de los dos períodos iconoclastas y el II Concilio de Nicea.— En definitiva, el período de los siete concilios ecuménicos origina una reflexión en la Iglesia que se inscribe en los textos conciliares y los sobrepasa por su riqueza y amplitud sobre la identidad de Jesús según los textos de la Escritura y la incorporación del riquísimo pensamiento griego. Pensar en Cristo es pensar en un Dios, no exclusivamente trascendente, sino que ama tanto a hombre que envía a su Hijo (cf Jn 3,16); pensar en Jesús es pensar en el mundo, en donde hay que encontrar la presencia salvadora divina. No hay que olvidar que los conceptos del pensamiento griego usados para la relación de Dios y el mundo son analógicos; que Dios y el mundo, esencialmente distintos, establecen una relación real en el Hijo de Dios que transmite la salvación y la recreación divina de una historia y creación transida por el mal.

Francisco Martínez Fresneda